Miguel Hernández y Ramón Sijé

José Muñoz Garrigós

Casi todos los biógrafos de Miguel Hernández, así como los escasos de Ramón Sijé, se han referido, con mayor o menor amplitud, al devenir histórico de la relación entre los dos escritores oriolanos más destacables de entre todos los que allí han nacido, y más característicos de aquella época en la que les tocó vivir, relación inicialmente de amistad, y que desembocó en una de las más bellas elegías de la literatura española de todos los tiempos. A pesar de ello, la ausencia de algunos datos significativos, así como la no exacta interpretación de otros, justifican sobradamente este intento mío de ofrecer una visión de conjunto, con el apoyo de los datos conocidos hasta el momento, centrada exclusivamente en el peculiarísimo desarrollo de esta relación, y desde la perspectiva de los dos escritores implicados.

Se ha venido creyendo que fue a través de *El pueblo de Orihuela*, órgano de expresión de los sindicatos católicos, gobernado por el entonces solamente sacerdote D. Luis Almarcha, como se conocieron y entraron en contacto, al coincidir ambos publicando en un mismo número del mencionado periódico. Nada más falso: fue en la revista *Voluntad*, teóricamente dirigida por Manuel Martínez Fabregat, pero en la práctica por Ramón Sijé, según el testimonio de Jesús Poveda, uno de sus cofundadores [1], y concretamente en el número correspondiente al día 15 de abril de 1930, donde sus firmas aparecen juntas por primera vez. Otra cuestión bien distinta, y en la que tampoco el periódico de Almarcha juega un papel relevante, es dónde hay que buscar el origen de esta confluencia; en lo que a lo personal se refiere, son claves las actuaciones del poeta Carlos Fenoll y del casi polifacético Jesús Poveda; por lo que se refiere a la cabecera de la publicación que la propició, ésta no es sino *Actualidad*, semanario dirigido por

---

[1] Jesús Poveda: *Vida, pasión y muerte de Miguel Hernández*. México, 1975, pp. 33-34.

Tomás López Galindo e ideológicamente vinculado a los católicos progresistas de Orihuela, sin que ninguna de estas especificaciones resulte baladí, como es fácilmente comprobable analizando el panorama del periodismo local de la época, y las relaciones que mantenían entre ellos[2]. Al detallar estas circunstancias nos encontramos con que, Carlos Fenoll y Ramón Sijé, cada uno de ellos por separado, acostumbraban a llevar originales literarios, con destino a *Actualidad*, al despacho del abogado López Galindo, en el que trabajaba como administrativo Jesús Poveda; es a mediados de 1928, cuando por primera vez coinciden en esta publicación Fenoll y Sijé. Muy poco tiempo después, a finales de ese mismo año, Fenoll y Hernández publican sendos poemas en *El pueblo de Orihuela*, llevados allí, sin duda ninguna, por razones de trato diario del director con ambos, ya que eran vecinos. Parece, pues, bastante claro que la amistad entre Miguel Hernández y Ramón Sijé hubo de tener como primeros eslabones estos intermediarios, y sus vinculaciones personales, más o menos independientes y diversas, con el periodismo local de la época.

Pero si éstos fueron los primeros contactos entre ellos, hay que tener en cuenta que es en el marco de la revista *Destellos*, continuadora de *Voluntad* y dirigida por el novelista José M.ª Ballesteros, cuyo primer número es del 15 de noviembre de 1930, donde se inicia el crisol de la verdadera y fraternal amistad entre los tres: lo que no había sido hasta entonces más que un sencillo y cordial trato, al socaire de las comunes aficiones literarias, empieza a convertirse en una verdadera confraternidad, que el tiempo y las circunstancias irán progresivamente enriqueciendo. La razón es muy clara: esta publicación es el preludio inmediato de *El gallo crisis*, por cuanto, respecto de las anteriores, es la que más prescinde de lo político y de lo localista, y más incide en el espacio de la literatura.

Sin menoscabar ni siquiera en un ápice mi ya manifestada opinión de que, con harta frecuencia, se había dado demasiado protagonismo a la más que improbable tertulia literaria de la tahona de Carlos Fenoll[3], no es muy difícil sospechar que Ramón Sijé debió compartir con el panadero y con Miguel Hernández bastantes ratos de charla literaria, aun antes del primer trimestre de 1932, que fue cuando inició su noviazgo con Josefina Fenoll, la hermana de Carlos. Solamente el convencimiento de que Sijé fue durante este período de tiempo, hasta noviembre de 1931, fecha del primer viaje a Madrid del poeta, bastante más que un mero lector y amigo de Miguel Hernández, puede explicar el artículo que publicó en el *Diario de Alicante*, el 9 de diciembre de 1931, una vez que el poeta ya estaba en la capital. En dicho artículo, Sijé hace gala de una extraordinaria perspicacia cuando, al analizar los componentes de la poesía hernandiana, sitúa muy por encima del carácter localista, la personalidad del poeta; si no olvidamos que esta valoración se hizo en los comienzos de la poesía de Hernández, cuando más fuerte era en él la impronta de lo local, tendremos

---

[2] Crf. mi *Vida y obra de Ramón Sijé*. Murcia-Orihuela, 1987, pp. 32-61.

[3] Vid. mi *op. cit.*, pp. 68-72.

que convenir en que Sijé estaba mirando y prediciendo el futuro poético de su amigo, y eso es algo que resulta imposible de conseguir, ora con una lectura somera de sus poemas, ora con una amistad superficial.

Pero el apoyo de Ramón Sijé a la primera aventura madrileña de Miguel Hernández no se limitó, como bien se puede suponer, a publicar en un diario de provincias una presentación del poeta, basada más en sus atisbos de futuro que en las realidades directamente comprobables en ese momento; sino que, habiendo conocido las tremendas dificultades económicas que Miguel estaba soportando en Madrid, por medio de las cartas que éste le enviaba desde allí[4], y en un desesperado e inútil empeño porque no acabara mal la aventura capitalina del poeta, no dudó en acosar a toda persona o institución, limosneándoles materialmente unas pesetas y podérselas enviar al amigo[5]. Y ahí fue donde Sijé mostró los primeros síntomas de afecto al amigo, así como de su confianza en las posibilidades poéticas de Miguel Hernández.

La amistad entre Miguel Hernández y Ramón Sijé, en este período de sus vidas, tuvo también una innegable proyección literaria e intelectual. Por lo que respecta al establecimiento de relaciones con otros escritores, conviene fijar dos puntos importantes: 1) La amistad entre Sijé y Juan Guerrero Ruiz, nacida al amparo del *Diario de Alicante*, del que Ramón fue corresponsal en Orihuela desde mediados de 1931, debió ser la clave para que los dos oriolanos entraran en contacto con Juan Ramón Jiménez, y los escritores que se agrupaban en torno al diario madrileño *El Sol*, hacia finales de 1931; en este caso, también

---

[4] Vid. Francisco Martínez Marín: *Yo, Miguel*. Orihuela, 1972, pp. 78 y ss.

[5] Puede servir de ejemplo el siguiente borrador, manuscrito a pluma por Ramón Sijé, y sin firmas, hecho en un folio con el membrete de la fenecida revista *Voluntad*, procedente del archivo de Torres López:

Al Excmo. Ayuntamiento de Orihuela.

Los que suscriben, amantes de las cosas y valores oriolanos, tienen el honor de proponer, a este dignísimo Ayuntamiento, la siguiente proposición:

Marchando a Madrid, para lograr su plena preparación y depuración estéticas, el poeta oriolano Miguel Hernández, y siendo escasísimos sus medios económicos, *Solicitamos*, en nombre de todas las clases sociales de Orihuela, una modesta pensión, —pues bien sabemos que en estos tiempos difíciles sólo a eso se puede aspirar—, que le sirva de ayuda en la vida de estudio y trabajo de Madrid.

Del sólido valor intelectual que es Miguel Hernández, es prueba patente la crítica elogiosa, alentadora y entusiasta, con la que Ernesto Giménez Caballero, —«El Robinsón Literario de España»—, saludó al poeta oriolano, desde su «Gaceta Literaria».

También la conocida revista «Estampa» publicó un trabajo, suscrito por firma de tanta solvencia como la de Francisco Martínez Corbalán, que terminaba, por cierto, solicitando de este excelentísimo Ayuntamiento y de la Diputación alicantina, una pensión para el delicado poeta Miguel Hernández.

Únanse a estos laudatorios juicios el que Miguel Hernández haya sido hasta hace poco un obrero manual, lo que nos hace esperar la concesión de lo solicitado por nosotros, pues la República de trabajadores debe proteger y levantar, —y así lo han proclamado algunos de sus hombres más representativos—, al que vale, salga de donde salga. Ocasión se presenta, ahora, a este excelentísimo Ayuntamiento, para cumplir un fuerte imperativo de la democracia republicana: elevación de un obrero a la sagrada categoría de gran poeta.

En Orihuela a...

supo el escritor murciano estar a la altura de las circunstancias, en su papel de mecenas e impulsor, allí donde estuviere, de la literatura y de las artes; 2) El segundo grupo en el que Sijé introduce a Miguel es en el que publicaba la revista murciana *Sudeste*, y, simultáneamente en el cartagenero que regía la Universidad Popular de la ciudad marinera; ahí el personaje clave fue Antonio Oliver Belmás, de cuyo *Tiempo cenital* había hecho Ramón Sijé una crítica, en el periódico alicantino en el que colaboraba, que sorprendió gratísimamente al poeta de Cartagena[6]. De ahí derivaron las conferencias de Ramón Sijé, y las lecturas poéticas de Miguel en la Universidad Popular, así como la participación del grupo de Cartagena en las actividades desarrolladas en Orihuela, con motivo del descubrimiento del busto de Miró, en el otoño de 1932, en el que se produjo el conocido incidente con Ernesto Giménez Caballero.

En el plano puramente intelectual, conviene destacar un hecho que, por lo reiteradamente que se produce, me parece que es altamente significativo: Me refiero al paralelismo existente entre los artículos de Sijé, y lo que, en estas mismas fechas, está produciendo poéticamente Miguel Hernández. Por no alterar el orden cronológico que vengo utilizando, me referiré ahora mismo sólo al siguiente hecho: Imbuido de la corriente neogongorina, como consecuencia de su fracasada primera estancia en Madrid, nada más llegar a Orihuela, Miguel Hernández debió de ponerse a trabajar en el que sería su primer libro de poemas, y que quedó ultimado en muy poco tiempo, pues según una carta de Raimundo de los Reyes a Ramón Sijé, fechada en Murcia el 25 de agosto de 1932, la clausura de los talleres del diario *La Verdad*, donde se hacían materialmente los libros de la editorial Sureste, iba a determinar que *Perito en Lu-*

---

[6] He aquí el texto de una carta de Oliver a Sijé, con este motivo, manuscrita en una cuartilla con membrete de la Universidad Popular de Cartagena:

Sr. D. Ramón Sijé. Alicante.

Muy Sr. mío y amigo: Su crítica que, desde Murcia, me envía Raimundo de los Reyes ha sido para mí una agradable sorpresa. Siempre se cree uno mucho más solo de lo que en realidad está y estos encuentros inesperados vienen a demostrarnos que no todo es aislamiento. Me alegra mucho, créalo, encontrar tan cerca voces tan amigas. Que las hay en Madrid, por ejemplo, es más lógico y casi no tiene importancia.

Viene su crítica de una tierra que yo amo por múltiples motivos. De ahí era Miró, ese magnífico escritor de un Sudeste inmortal, al que los alicantinos están definitivamente incorporados gracias a él. De esa tierra es continuación esta obra de mi provincia.

Encuentro, amigo Sijé, una fina comprensión en su crítica. Es esto tan raro —Vd. lo sabrá seguramente tan bien como yo— tan infrecuente, que extraña un poco. ¿No leyó Vd. la última «Hoja Oficial del Lunes»? El crítico de esta hoja se ríe de mí, el buen hombre, seguro de su verdad. Hace bien.

Celebro haber tropezado un amigo tan cordial, y espero que si tiene Vd. en el «Diario de Alicante» una sección fija me remita todos sus artículos. Y le ofrezco una amistad verdadera con mi reconocimiento por sus palabras. Su afmo. devoto.

Antonio Oliver

28/7/32

s/c Puertas de Murcia, 5 3.º dcha.

(Archivo Torres López)

nas no pudiese aparecer antes del otoño de ese mismo año[7]. Si tenemos en cuenta que el 19 de julio de ese mismo año, Ramón Sijé publica un artículo en el *Diario de Alicante*, titulado «A la sombra del Guadalquivir en flor. Don Luis de Góngora y la rosa», en el que aparecen afirmaciones tan claramente referidas al poemario de su amigo, como la de que *Góngora se siente ir y quedarse un poco en los poetas que vivirán en versos heredados. Él se siente como si fuera rosa, «vana rosa»; pero también como un Guadalquivir hermosísimo, siempre tierno y joven siempre en flor*, no puede caber duda alguna de que poeta y ensayista trabajaron, simultáneamente, los mismos temas. Al margen de que resulte particularmente difícil prescindir de esa relación, y a la vista de la distinta formación intelectual de uno y otro, no parece aventurado sospechar que Sijé leía y estudiaba para su amigo, siendo su verdadero mentor, ayudándole a encauzar, adecuadamente, el tremendo venero poético, del que Miguel era poseedor desde el mismo día de su nacimiento. Hasta tal punto nos parece ser esto cierto que Sijé se convirtió en el primer glosador del libro de Miguel Hernández, en sendas conferencias pronunciadas en el Ateneo de Alicante, y en la Universidad Popular de Cartagena, y cuyos promotores fueron Guerrero y Oliver, respectivamente. Como consecuencia de ello, la interpretación de estas octavas reales, de espaldas al prólogo que para la primera edición hiciera Ramón Sijé, y que ha sido tan poco manejado a este respecto, como mal interpretado, se convierte en una desacertada pirueta intelectual, como bien se puede comprobar leyendo algunas de ellas[8].

Es muchísimo lo que queda todavía por aclarar en torno a este poemario; por no alargarme innecesariamente, me referiré sólo al origen del conocimiento de textos y autores franceses que Miguel Hernández demuestra tener ya en esta época. El descubrimiento y descripción de algunos manuscritos del poeta oriolano en los que, de modo vacilante y provisional, pergeñó los primeros caminos de una traducción de «El remero», de Valéry, así como las referencias a este hecho en su correspondencia con Raimundo de los Reyes, y la cita con que abre el primer poema de su *Perito en lunas*, no prueban en absoluto que Hernández manejara este idioma, desde el mismo momento en que, hasta ahora mismo, nadie ha sido capaz de explicar, ni siquiera de manera medianamente satisfactoria, lo que para mí es la clave, como ya dije en 1987: ¿cuándo, cómo o dónde pudo aprender el poeta oriolano el suficiente francés como para traducir a esos autores? Para mí que debió de ser muy otro el desarrollo de los acontecimientos: Miguel Hernández preparaba no una traducción de Valéry, cosa que sabía de sobra que no estaba a su alcance, y que muy difícilmente le hubiese admitido a él ninguna editorial a finales de 1932, sino una versión poética, para la que sí estaba plenamente preparado, de la versión literal que de los contenidos y metáforas le estaba haciendo Sijé, que sí que sabía francés, y que disponía en su

---

[7] Archivo Torres López.

[8] Valga como ejemplo la de Agustín Sánchez Vidal, ed. Miguel Hernández: *Perito en lunas. El rayo que no cesa*. Madrid, Alhambra, 1976, pese a los elogios de algún obstinado turiferario; cfr. José Carlos Rovira, ed. Miguel Hernández: *Antología poética. El labrador de más aire*. Madrid, Clásicos Taurus, 1990, p. 63 nota.

biblioteca de versiones originales de varios escritores, posiblemente día a día, no creo que buscando entre los dos la palabra más adecuada, sino dejando Pepito Marín que Miguel Hernández asimilara e hiciera suyos esos mensajes, y los vertiera al español con su propia impronta lírica[9]. Dado el enorme afecto que Sijé sentía por Miguel Hernández, nada repugna a admitir que descendiese a ser «negro» suyo.

Esta relación de amistad y paralelismo literario sigue desarrollándose hasta 1934, en que de nuevo el poeta se traslada a Madrid; son los momentos de la intensificación del sentimiento barroco en Miguel Hernández, como bien lo demuestra en su auto sacramental, y en las influencias lopescas de su teatro[10]. Estas manifestaciones de barroquismo no solamente tienen su origen en Sijé, como ya se ha repetido hasta la saciedad, sino que también el ensayista va trabajando paralelamente con el poeta, y así publica en *El gallo crisis*, a finales de 1934 su artículo titulado «El comulgatorio espiritual. (Hacia una definición del auto sacramental)», en el que el reflejo del texto hernandiano es tan patente que resulta muy difícil, casi imposible, desvincular artículo y auto: nuevamente tiene uno la impresión de que Sijé puso por escrito la parte más sustanciosa de sus conversaciones con Miguel en torno a los autos sacramentales. A quién de los dos se le deba de dar la primacía en este punto, es algo que sólo puede conjeturarse, y precisamente los síntomas indirectos que de ello hay se orientan en el mismo sentido que hemos indicado arriba.

La marcha de Miguel Hernández a Madrid no sólo supone el distanciamiento físico entre los dos amigos, sino también un progresivo enfriamiento de la amistad existente entre ambos. Como ya es sabido, el personaje clave de esta nueva etapa es Pablo Neruda, en cuyo círculo de amistades se movió el poeta de Orihuela, y cuya amistad no le trajo a Hernández más que complicaciones hasta el mismo día de su muerte[11]. La tremenda disparidad de pensamiento entre Sijé y Neruda, para cuyo fundamento se pueden aducir razones tan dispares, como pueden ser las basadas en creencias religiosas, hasta aquellas de estricto distanciamiento geográfico, que fue la que provocó las dos conocidas bufonadas de Neruda sobre *El gallo crisis*, se pone claramente de manifiesto en la dedicatoria que el chileno escribe al ensayista oriolano, al frente de un ejemplar del *Homenaje a Pablo Neruda*, publicado por Plutarco, en 1935. Reza así: «Pablo Neruda a Ramón Sijé, esperando verlo algún día idólatra, dionisíaco, ateo, antilectual (sic), antifilósofo, antinatural, antiartificial». Como es fácilmente comprobable, Neruda pide un Sijé diametralmente opuesto al real, además de irreconciliable con el verdadero. No puede sorprendernos, pues, que Miguel

---

[9] Cfr. Francisco Rico (coord.): *Historia crítica de la literatura española*. Víctor García de la Concha (coord.): «Época contemporánea», (1914-1939). Barcelona, 1984, p. 673. José Muñoz Garrigós: *op. cit.*, p. 71. José Carlos Rovira: *op. cit.*, pp. 26 y ss.

[10] Cfr. Francisco Javier Díez de Revenga y Mariano de Paco: *El teatro de Miguel Hernández*. Murcia, 1979.

[11] Cfr. Juan Guerrero Zamora: *Proceso a Miguel Hernández. Sumario 2.001*. Madrid, 1990, passim.

Hernández, obnubilado por la brillante personalidad del embajador de Chile, dejara morir la amistad con su paisano, historia que ha sido correctamente trazada por Sánchez Vidal[12]. Este estado de cosas debió mantenerse hasta la muerte de Sijé, pues es del mes de noviembre de 1935 aquella conocida carta que le escribe a Miguel, en la que le dice que tiene sus cartas «en el montoncito silencioso de las cartas incontestables», y en la que, con la dignidad, sencillez y claridad que siempre le caracterizó, nos explica el sentido de la antinomia final de la citada dedicatoria.

Las cosas bien pudieron arreglarse, o tal vez no, con el proyectado viaje de Sijé a Madrid, hacia mediados de diciembre del 35[13], pero la enfermedad que le llevaría a la muerte debió de impedírselo, abriendo así el camino para el último episodio de esta amistad, al menos en lo que se refiere a los dos protagonistas: la elegía. Miguel Hernández, que sabía que se había portado muy mal con su amigo, y que era consciente de ello[14], se da cuenta de que Sijé ha muerto, y de que ha perdido la oportunidad de dialogar con él, de darle alguna explicación que justifique su proceder, o, al menos de aliviarlo en su pesar, y esa es, como ya escribí en 1987[15], la causa de la tensión poética que la recorre; a mayor abundamiento de razones, hay que tener en cuenta que es la parte que le correspondería al poeta, en un hipotético diálogo con el amigo, así como que se trata de una llamada continua al imposible encuentro entre ambos. El cambio que la muerte de Sijé provoca en Miguel Hernández no es ni estético, ni religioso, es sencillamente un cambio en su comportamiento humano, que tan calamitoso había sido en los últimos tiempos.

Hay que decir, a modo de recapitulación, que la amistad entre Sijé y Hernández fue siempre lineal, clara y sincera, hasta el momento en que el poeta se encuentra con Neruda; es el instante de la vorágine, de la ruptura aparentemente total, de «Sonreídme», de la incomunicación entre ambos. Pero después, la repentina muerte del ensayista hace recapacitar al poeta, le muestra su error, no en lo político, ni seguramente en lo religioso, aunque sí en lo humano, y escribe la elegía en un vano intento por recuperar el diálogo, y escribe las cartas a los padres de Ramón, y a sus amigos, ofreciéndose para restituir el daño causado, pero ya la historia no se lo consentiría.

---

[12] *Op. cit.*, pp. CIV y ss.

[13] Vid. mi *op. cit.*, p. 157.

[14] Así parece desprenderse de los testimonios que aduzco en mi *op. cit.*, p. 158.

[15] José Carlos Rovira, al parecer encantadísimo por adornarse con plumas ajenas, prefiere simular que desconoce la paternidad de la interpretación, presentándola como suya, sin citar fuentes.